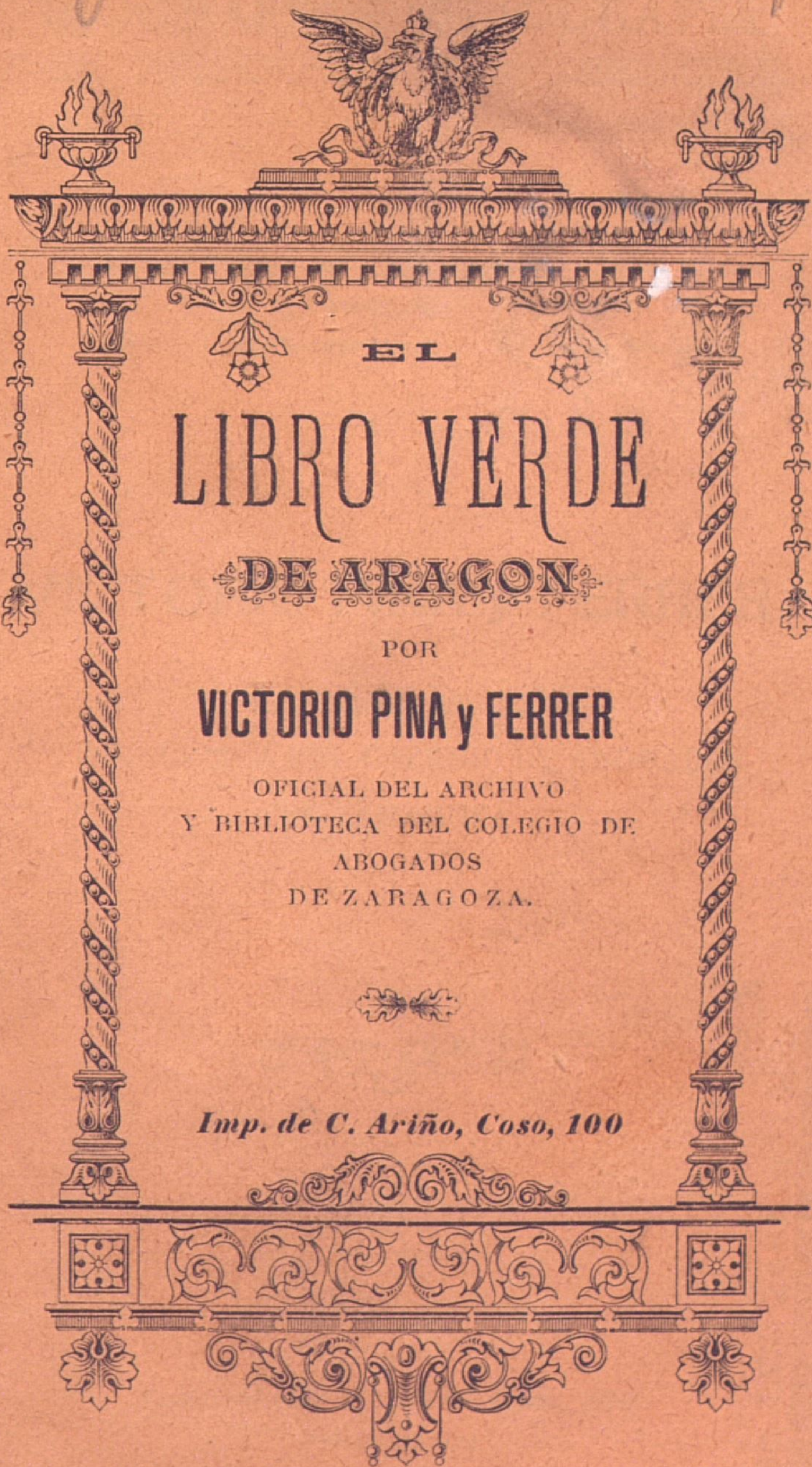


Feg 24 cuaderno 3^a

1861



1861

BIOGRAFIA-BIBLIOGRAFIA

El Libro Verde

POR

VICTORIO PINA y FERRER

OFICIAL DEL ARCHIVO
Y BIBLIOTECA DEL COLEGIO DE ABOGADOS
DE ZARAGOZA



Imprenta de C. Ariño, Coso, 100
PISOS BAJOS

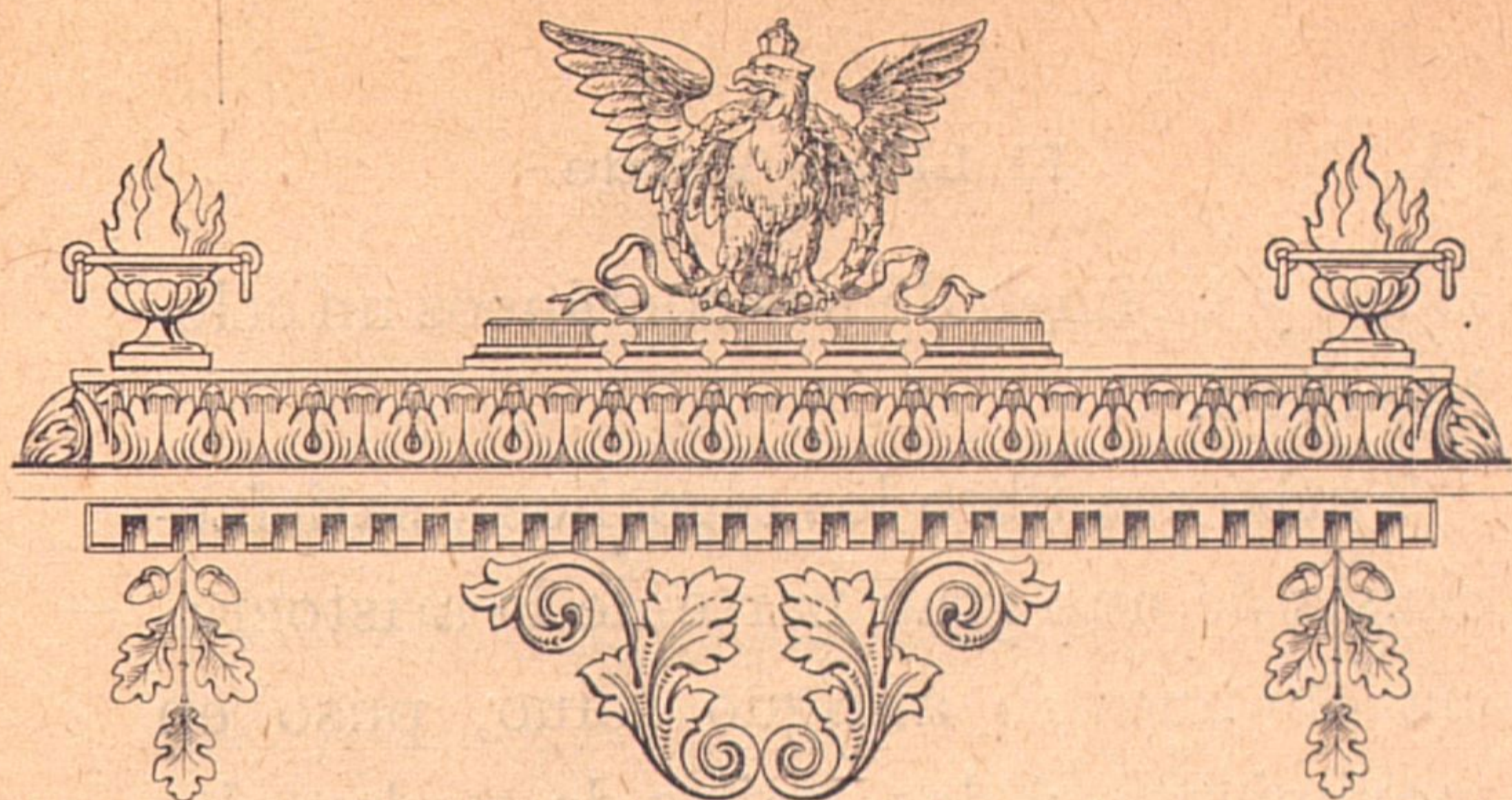
UVA. BHSC. LEG 24-3 n°1861

HTCA

U/Bc LEG 24-3 n°1861



1>0 0 0 0 6 4 1 6 6 1



EL LIBRO VERDE

Si por maravilloso procedimiento nos fuera factible evocar la sociedad aragonesa de fines del siglo xvi y principios del xvii, é interrogarla acerca de los hechos culminantes que tuvieron en ese período el privilegio de conmoverla, de seguro nos contestaría que ningun acontecimiento la distrajo de su marcha tranquila, hasta que un escritor lanzó subrepticamente á la curio-

sidad y exámen de sus coetáneos un célebre libro.

Turbó ese libro los regocijos y satisfacciones de una gran parte de la aristocracia de nuestro antiguo reino, puso en movimiento á los frailes de cordon alto engolfados en las sutilezas de los peripatéticos, estimuló la actividad de los letrados, y arrojó, no sabemos obedeciendo á qué móviles, á la indiscrecion de las gentes sencillas y maleantes el secreto del humilde origen de muchas familias tituladas.

Este libro, que de tan excepcional manera aguó diversiones, reunió á los sábios y doctos en científicas conferencias y dió ámplio tema á las discusiones y juicios de los habitantes de las tres provincias aragonesas, es el conocido en el mundo de las letras por *El Libro Verde*.

Los escritores regnícolas que fijaron su atencion en averiguar á quién correspondia la paternidad de ese libro ó libelo, figurando entre ellos el erudito bibliófilo y distinguido patricio D. Gaspar Galzarán de Castro, conde de Guimerá, que fué

testigo presencial de la sensacion pública é intervino en algunos de los hechos que originó su aparicion, están unánimes en atribuírsela al abogado zaragozano Micer Manente.

Fiscal éste de la Inquisicion aragonesa, calificado de notable literato y de aventajado jurisconsulto, por razon de su cargo pudo examinar con todo detenimiento los archivos del famoso tribunal —aceptado con disgusto en nuestro reino— en los cuales se hallaban depositados los árboles genealógicos, antecedentes y procesos instruidos contra los miembros de algunas casas linajudas del mismo país.

Un escrito ó un libro en que se revelen hechos curiosos y estraños de una noble estirpe, ocultos durante luengos años en las sombras de un pasado poco conocido, siempre será leído con afan. Un libro ó un escrito en que despreciándose todas las conveniencias sociales, se relate minuciosamente un crimen atroz del que fueron autores ó cómplices individuos de una familia sublimada, siempre será hojeado con avidez. Un escrito ó un

libro que en sus páginas palpite el impropio, surja de sus períodos el escándalo, sus párrafos destilen la ignominia, y cada una de sus oraciones gramaticales descifre el enigma de una generacion aristocrática, siempre será buscado con interés, leído con fruicion y conservado como oro en paño.

La humanidad, en todas las épocas, ha sido la misma. Los hombres de los siglos xvi y xvii idénticos á los del XIX.

Teniendo presentes las anteriores observaciones no extrañará el que indiquemos que *El Libro Verde* se multiplicó por copias hasta lo infinito, y que de su texto estaban enterados los zaragozanos, muchos aragoneses y no pocos naturales de otras provincias de España: todos, menos los que aparecian interesados en que sus páginas quedarán en sempiterno olvido.

El sordo murmullo que produjo su lectura, repercutió hasta los altos y magníficos miembros que formaban la diputacion aragonesa. En 1601 ésta lo calificó de libelo. Y despues de largas y frecuentes juntas, discusiones, pesquisas y

gestiones, dirigió una consulta precedida de un preámbulo, en que se confiesa con tono lastimero y quejumbroso, «que no hay hombre víl y mecánico en aquella tierra—Zaragoza—que esté sin el libro», sometiendo á la censura de las personalidades más eminentes de Aragon y de otras regiones españolas los tres puntos siguientes:

«1.º Si en el fuero interior de la conciencia pueden tener y mostrar este libro las personas que hoy lo tienen sin escrúpulo de pecado mortal, siendo tan pernicioso en materia grave.

»2.º Si los testigos examinados en informacion de limpieza, pueden afirmar con juramento las faltas de los linajes, por lo que un libro tan sospechoso dice sin escrúpulo de pecado mortal.

»3.º Si tales testigos, no habiendo otro fundamento concluyente en que se funde la mala opinion y fama de raza, sino el libro, podrán sin pecar mortalmente deponer de voz comun y fama pública, procediendo como procede de un origen y principio tan incierto y peligroso.»

Letrados y teólogos, previos informes recargados de textos de las *Partidas*, de documentos pontificios, de glosadores y comentadores á los derechos civil y canónico, despues de consignar que *El Libro Verde* era un libelo y que su autor, si fuese vivo, debiera ser castigado con la última de las penas, respondieron afirmativamente á los puntos consultados. Más claro: que cometian gravísima falta moral lo mismo los que poseian el escrito y no lo quemaban ó rasgaban, que los que lo enseñaban ó divulgaban, incluyendo en la misma responsabilidad á los testigos que en informaciones de limpieza depusieran de conformidad con lo que él decia, imponiéndoles además la obligacion de restituir.

Al objeto de que se pueda comprender adecuadamente la importancia que las corrientes sociales y las costumbres de aquellos siglos dieron á la lucubration de Micer Manente, consignaremos los nombres de las ilustraciones científicas que asintieron y firmaron las censuras dichas más arriba, censuras que caian

como plomo derretido sobre la mayoría de los zaragozanos y multitud de nacidos en las provincias de Huesca y Teruel.

Figuran entre aquellas los eruditos jesuitas Hernando de La Cerda, Juan de Salas, Luis de La Puente y Juan de Funes; los doctores en jurisprudencia Coronel y Sobrino; los claustrales José de Lujan, Antonio Perez, Juan Negron, Gregorio Roez, Cristóbal de Fonseca y Juan de Castro, todos ellos calificados de sabios en la capital vallisoletana; los catedráticos procedentes de la compañía de Jesús, Benito Robles, Alonso Ferrer y Manuel Rojas; los jesuitas doctores Juan de Leon, Gabriel Enriquez y Vargas y los regulares Manuel Rodriguez, Juan de Ovando, Juan de Mendoza, Francisco Cornejo, Francisco Zumel y Pedro de Ledesma, reputados sin distincion en aquel tiempo como eminencias en la Atenas española, la famosa Salamanca; los renombrados profesores y sacerdotes del instituto fundado por el heróico Loyola, Luis de Torres y Gabriel Vazquez; los doctores en ambos derechos, Pardo, Mon-

tesinos, Valdivieso, Villegas y La Cámara; el Maestro Juan de La Cámara y los frailes Gerónimo de Almonacid, Juan del Barco y Gerónimo de Aldovera, todos insignes en los fastos universitarios de la célebre Compluto.

No son menos famosas ni de más pequeña valía las individualidades aragonesas ó residentes en nuestro país, que emitieron su parecer por escrito en consonancia y unánimes con las citadas, respecto al libro de Micer Manente.

Omitiendo muchas de aquellas, cuya fama desapareció juntamente con la generacion que admiró sus talentos, por más que se conserven sus nombres en papeles y libros, citaremos á los dominicos Juan de Perez, Gerónimo de Abadía y Miguel Loscos; á los franciscanos, el celebrado escritor Diego de Murillo y Tomás Vazquez; al maestro Fr. Pedro Diego Chalez; á los mínimos del convento de la Victoria de la capital cesaraugustana, Fray Francisco Cortés y Fray Domingo Sayas; al jesuita García de Alabiano; á los carmelitas observantes Juan de He-

redia y Miguel Ripol; á los trinitarios Gabriel Manzano y Pablo Cunchillos; al provincial del monasterio de San Lázaro, Fray Domingo Perez; al agustino Diego de Jesús; á los doctores en *utroque jure*, Cenedo, García y Liria; al benemérito y esclarecido Gerónimo Batista de Lanuza; al dean, lectoral y arcipreste, respectivamente, del cabildo metropolitano de la archidiócesis aragonesa, doctores Francisco Martinez de Marcilla, Gaspar Gil y Gaspar Ram; al ilustre cuanto modesto y sabio D. Vincencio Blasco de Lanuza; al célebre y austero D. Martin Carrillo, abad de Monte-Aragon; al aristócrata espléndido D. Santiago de Ayerbe, prior de Santa María La Mayor del Pilar, suprimiendo en obsequio á la brevedad los nombres de otros frailes, guardianes, prefectos, catedráticos en las ciencias del foro y de artes, confesores de reyes, lectores, algun obispo y predicadores de monarcas, sumando ciento cuarenta y siete las eminencias que suscribieron en diferentes ocasiones la censura con que se estigmatizó *El Libro Verde*.

La autoridad científica y ascendiente moral de toda esa lucida hueste que caminaba á la cabeza de la sociedad docta aragonesa y que de extraordinaria manera influía en todas las esferas y clases, nada pudo. Su ilustracion y prestigio se estrellaron en el eterno antagonismo de potentados y menestrales. La censura, lejos de determinar la entrega de los ejemplares del famoso libro á las autoridades, fué acicate poderoso para que los que lo poseían se esmerasen en conservarlo, y los que carecian de él trataran con afan de adquirirlo. Dos cuestiones trascendentales entrañaba *El Libro Verde*: social la una, de órden público la otra.

El descrédito á la porcion de la nobleza, cuyos humildes orígenes intentaba delatar el revolucionario escrito, se iba haciendo cada dia más intenso y general. La lucha de ideas llegó á enconarse. Cierto es que no estallaba en escenas sangrientas. Pero no es menos exacto que en el secreto del hogar se mataban reputaciones y se desgarraba, anihilándolo, el poder moral de la aristocracia.

De nuevo la diputacion aragonesa trató de remediar el daño. A este fin, y adoptando el mismo procedimiento puesto en ejecucion en 1601, recurrió segunda vez, el año 1615, á las notabilidades científico-religiosas del país, con objeto de que estudiaran y censurasen *El Libro Verde*.

El dictámen de estas, igual en un todo al formulado anteriormente, despues de manifestar que debiera prohibirse su lectura, encargaba fuese recogido en el tiempo más breve posible, conminando con severos castigos á los contraventores. A pesar de estas disposiciones, el escrito continuó mereciendo la predileccion de todos los aragoneses que no ostentaban títulos nobiliarios ni blasones heráldicos. Y la ola crecia y crecia sin un dique que la contuviera.

Fieles los diputados de 1620 á las tradiciones de corporacion, volvieron sobre el asunto y reproduciendo idénticas gestiones á las empleadas por sus antecesores en las dos citadas fechas, acumularon más censuras á las formuladas, logrando por fin que el Tribunal de la Inquisicion ge-

neral de los dominios españoles prohibiera, bajo grandes penas corporales, la lectura de *El Libro Verde*. Y sus ejemplares, no todos, recogidos por los familiares y agentes del llamado Santo Oficio, fueron quemados en la plaza del Mercado de Zaragoza en 1622.

A pesar del *auto de fé*, las copias sustraídas á la hoguera continuaron siendo leídas en secreto con interés creciente. Como todo lo que pasa por el crisol de la persecucion, adquirieron mayor estima. A partir probablemente de esta época, dióse el caso de que el rencor, la venganza, los antagonismos, las diferencias de familia, se entregaran á la labor de reformar é introducir variaciones en aquellas; así que se quitaba, añadía y trocaba en ellas cuanto podia satisfacer las concupiscencias de tan innobles sentimientos.

En este estado las cosas, otro jurisculto aragonés, conocido por el Dr. Anquias, segun unos escritores, y Enquias, de conformidad con el parecer de otros, sucesor de Micer Manente en la fiscalía

de la Inquisicion, hombre de bello carácter, impulsado á la vez por motivos religiosos y sociales, descendió al ardoroso palenque donde batallaban unas clases con otras, ansioso de tranquilizar los ánimos y devolver la paz á su reino, profundamente perturbado.

Con tan generosos propósitos acometió la tan difícil como arriesgada empresa, que realizó, de corregir *El Libro Verde*. Menos afortunado en sus propósitos que decidido en el asunto, y asumiendo espontáneamente responsabilidades y compromisos que sus paisanos del estado llano, con seguridad no le habian de agradecer, sufrió la desilusion de que se despreciaran las vigiliass y fatigas que se impuso; que desprecio y no baladí fué el que no se aceptaran sus correcciones, cargando además con el sambenito de haberse convertido en dócil instrumento de la nobleza, al constituirse en paladin y desfacedor de entuertos agenos. Sospechamos con algun fundamento que los fraternales intentos del honrado Dr. Anquias, se atribuyeron por la maledicencia

de una parte de la sociedad á fines exclusivamente pecuniarios.

En resúmen: *El Libro Verde* de Micer Manente adquirió mayores simpatías en la clase media y popular, mientras que las variantes del doctor Anquíás se juzgaron falsas y de ningun valor.

Lo que no alcanzaron á conseguir la nobleza, las eminencias eclesiásticas y científico jurídicas, la diputacion y, más que todo, el formidable Santo Oficio, lo grólo el tiempo. La accion destructora de los dias, meses, años y siglos, consumió paulatinamete la obra del primero de aquellos escritores. No llegó á tanto su poder respecto á las correcciones del segundo.

Conocidas estas y las noticias que hemos dado de muy pocos literatos y bibliófilos españoles, no aventuramos en afirmar que unas y otras se hubieran perdido en el olvido sin la diligencia de los ilustres escritores pátrios D. Luis de Bolea, don Gaspar Galzarán de Castro, Félix Latassa, Llorente, Amador de los Rios, Castro (D. Adolfo) y Menendez Pelayo.

Este último renombrado publicista consignó en su famosa obra *Los Heterodoxos Españoles* la noticia de que existía en la Biblioteca Colombina de Sevilla un ejemplar de *El Libro Verde*.

Libro tan raro y curioso, debido á la pluma de un aragonés, y en que se trata además de asuntos pertenecientes á nuestro antiguo reino, merecía figurar como recuerdo en alguna de sus bibliotecas zaragozanas.

Esta consideracion de una parte, y de otra el haber desaparecido las causas que en lo antiguo dieron tanta resonancia al libro de Micer Manente, pues nuestra época felizmente no se preocupa mucho de sucesos y hechos á los que otros siglos concedieron excepcional importancia, influyeron, en nuestro concepto, para que el distinguido letrado y escritor don Santiago Penen, bibliotecario del Colegio de Abogados de Zaragoza, indicara al no menos distinguido é ilustrado decano del mismo, Excmo. Sr. D. Joaquin Gil Berges, la conveniencia de adquirir con destino á la corporacion una copia del ejem-

plar que se custodia en la citada Biblioteca.

Practicadas por el Sr. Gil Berges las gestiones conducentes al objeto, se consiguió la copia que obra en el Colegio de referencia.

A juzgar por su título y omitiendo el que nos ocupemos de varias cuestiones crítico-cronológicas que nos sugirió su lectura, el libro de que tratamos es el corregido ó extractado por el doctor Anquías.

Su parte literaria es de ninguna importancia. El autor concretase á dar cuenta muy á la ligera y en estilo conciso y llano por demás, del origen de muchas familias nobles de Aragon, ó sea de sus fundadores, de su religion, oficios que desempeñaron, hijos é hijas que hubieran y enlaces matrimoniales, ó sin este requisito, verificados por unas ú otros, publicando tambien algunas noticias curiosas, independientes de aquellas circunstancias domésticas.

Descripcion del libro.

En la primera hoja, sin foliar, se lee:

«Por el secretario Cantolla está escrito el título de este libro. Sin embargo me parece ser el que se llama *Libro Verde de Aragon*: el qual á instancia del Consejo de Aragon se mandó recoger por este Consejo de Inquisicion, y el Sr. Fhelipe 4.º le escribió gracias por el cuidado que en esto habia puesto. Consta del tomo 4 de Decretos Reales y consultas originales, página 330.»

En la segunda hoja, tambien sin foliacion, aparece el título que á la letra dice: «Libro ó genealogía de los nombres y apellidos que de Judíos tenian los convertidos de la ciud. de Zaragoza y Reyno de Aragon en tiempo de San Vicente Ferrer.

Hecho

Por Andía Asesor de la Santa Inquisicion y dispuesto por Abecedario en 99 fs. y 16 el Abecedario.

.....de Aragon de la Genl. Inqn.»

En la tercera hoja, foliada con el número 1, hay un encabezamiento que dice: «Estos son los nombres antiguos que los Judíos tenian antes de hacerse xpianos» y continúan á dos columnas los nombres y

apellidos anteriores á la conversion y los apellidos que usaron despues de adoptar el catolicismo.

En el folio 3.^o contiene este título: «Genealogía valde antigua et bona neophitorum antiquorum qui conversi fuerunt tempore beati vicentii ferrarii confessoris ordinis predicatorum in civitate cæsaraugustæ et extra jñ Regno Aragonum extracta per me Anchiam assesorem santæ Inquisitionis».

Sigue el folio 4, hasta el 14, con una lista de los apellidos y números de los folios que tratan de los que llevan aquellos.

En el folio 14 vuelto se encabeza una relacion de los apellidos, que se prolonga hasta el folio 17, con los siguientes términos: «Los que aquí están nombrados no están en la tabla y se hallarán entre los quemados y penitenciados.»

A continuacion del folio 17 vuelto se abre nueva foliacion, y despues de unos períodos escritos por el doctor Anquías á guisa de preámbulo, de los que nos haríamos cargo á disponer de más tiempo, entra de lleno en el asunto.

Por ser curioso y para muestra de lo contenido en el libro, trasladaremos el principio, que reza así: «Aviatar conejo judío de Çaragoça, Ropa vegero que vivia en los callejones de santa catalina entre otros muchos hijos tuvo dos hijas, la una llamada Estenga y la otra Lia. Estenga que fué la mayor fué muy hermosa de la qual siendo doncella se enamoró don Alonso de Aragon hijo bastardo del Rey don Juan que le llamaron el maestre de Calatraba, y á esta causa á esta Estenga siendo su amiga la llamaron la maestra y despues doña María. Desta susodicha Estenga conejo despues de hecha xpiana tuvo el maestre don Alonso de Aragon tres hijos y una hija, los hijos llamados don Juan, don Alonso y don Fernando.....»

Hacemos punto aquí. En idéntica forma sigue presentando desconocidos hechos y detalles familiares hasta el folio 114. Desde el 115 hasta el 132, bajo el epígrafe: «La muerte del bienaventurado mre Epila», refiere la conjuracion que dió por resultado el asesinato del canóni-

go é inquisidor Pedro de Arbués, á quien la iglesia ha concedido los honores de los altares.

Son tan poco conocidas las noticias que contiene esa que podemos llamar relacion de hechos, y tanto y con tan poco criterio é imparcialidad se ha escrito y se habla acerca de los motivos que predeterminaron el crimen, personajes que se confabularon para concebirlo y realizarlo, medios que se pusieron en juego, circunstancias que concurrieron en su ejecucion y sicarios que lo consumaron, que estimamos de conveniencia dar un sucinto é imparcial extracto de aquella.

Hélo aquí: En el año 1485 desempeñaba en Zaragoza el prebendado de La Seo, Pedro de Arbués, llamado tambien «El maestro de Epila», á quien todos los escritores antiguos nos presentan como virtuoso, las funciones de inquisidor de Aragon.

Residian en su capital muchos convertidos del judaismo y descendientes de otros que habian profesado esa religion, quienes por su importancia profesional

y riquezas, figuraban en altos puestos oficiales y en la que llamaríamos buena sociedad. Añádase á lo dicho que gozaban del favor de algunos encopetados palaciegos de D. Fernando el Católico, distinguiéndose entre estos por las simpatías que les demostraba Gabriel Sanchez, tesorero del mismo monarca.

Se sabe que Sanchez, contestando á algunos parientes que interesaban su proteccion desde Zaragoza, les indicó la conveniencia de que hicieran desaparecer del mundo algun funcionario del llamado Santo Oficio, que con entusiasmo cumpliera los deberes de su cargo.

La insinuacion, partida de tan altas esferas, produjo sus efectos. Celebradas sigilosamente por los judaizantes zaragozanos varias conferencias, se decidió el homicidio del canónigo Pedro de Arbués, comunicándolo así á los conversos de Calatayud, Barbastro y otras localidades aragonesas.

Aunque se ignora lo que respondieron, es lo cierto que á fin de tratar de los preliminares del crimen celebraron los pri-

meros una reunion en casa de mosen Luis Sanchez Santangel, que vivía en la parroquia de San Felipe y Santiago.

Asistieron, además del mencionado últimamente, Micer Jaime Montesa, abogado, Gerónimo Sanchez, ex-tesorero de aquel rey, Gaspar de Santa Cruz, comerciante, Juan Sanchez, García de Moros, el mayor, Micer Francisco de Santa Fé, asesor del gobernador, Micer Alonso Sanchez, Pedro de Almazan, Domingo Llanaja, hijo político de Almazan, y otros desconocidos.

Manifestaron varios que no ignoraban se les habian incoado procesos por la inquisicion; que en este sentido lo habian comunicado á sus amigos y deudos de la córte, y que la única solucion para librarse de los efectos de la causa, segun elevados consejos, se encontraría matando al inquisidor de Aragon, seguros de que el procedimiento intimidaría al funcionario que le sucediese.

Aprobado el pensamiento se juramentaron para la conservacion del secreto, y á fin de realizar el plan, decidieron que

Juan Sanchez, Micer Jaime Montesa y Gaspar de Santa Cruz, con el carácter de depositarios, efectuaran una colecta entre presentes y simpatizadores ausentes, con que pagar los brazos que consumaran el delito.

Debemos advertir que los bolseros no fueron tan melindrosos que no se utilizaran en provecho propio de alguna parte de la cantidad reunida al efecto, segun declaracion poco tiempo despues de los asesinos.

Micer Montesa se encargó de convocar en su domicilio uno á uno de los que se presumia se identificarian con el proyecto, á fin de explorarlos, sin que esto fuera obstáculo ni restriccion para que los conjurados conferenciasen en colectividad todas las veces que lo tuvieran por conveniente.

Reunida una fuerte suma, y cumplido el acuerdo por Micer Montesa, con no pocos resultados, congregáronse posteriormente los iniciadores en los domicilios de éste, de Pedro Sanchez y de Luis Sanchez Santangel, y previas discusio-

nes, algunas acaloradas, en que García de Moros y otro excitaron el amor propio de sus compañeros, se decidió por unanimidad buscar hombres á propósito para herir sin compasion y hasta el exterminio.

A cargo de Montesa y Pedro Sanchez quedó principalmente la difícil comision.

Con ambos conferenciaron en secreto más de una vez Juan de Sperandeu, curtidor, y Mateo Ram, dispuestos á todo mediante la entrega de una cantidad. Estos fueron los vengadores de un resentimiento ageno.

A ellos se asociaron tambien para el crimen Juan de Abadía, instigado por Luis Sanchez Santangel, prometiéndole el pago de florines y su incondicional proteccion, Vidal Durango, francés, criado de Sperandeu, Tristan, escudero de Mateo Ram, y tres más que no se pudo saber quiénes eran. Cuatro dias antes al de la noche en que se verificó el sangriento drama, se citaron para despues de vísperas en el santuario del Portillo los que convinieron en casa de Luis Sanchez San-

tangel los preliminares, y algunos más, y de nuevo varios de aquellos se reunieron al día siguiente en la iglesia del Temple.

En ambas conferencias se ultimaron algunos detalles, entre estos el de amparar á los autores del asesinato.

Solo faltaba señalar día para su ejecución.

En una entrevista celebrada por Pedro Sanchez, Gaspar de Santa Cruz y García de Moros el 13 de Setiembre de 1485, en casa de Micer Montesa, se decidió fijar la noche inmediata.

Entre las once y las doce de la del 14, Juan de Sperandeu se dirigió á casa de Juan de Abadía, que se habia acostado. Hízole vestir, no sin que antes se cruzaran algunas palabras entre los dos, y que se armase, y juntos marcharon al domicilio de Sperandeu, donde se hallaban reunidos Mateo Ram, Vidal Durango, Tristan y otros tres más, cubiertas sus caras con antifaces.

Juntos todos salieron al Coso, entraron por el Trenque, cruzaron las Botigas

Hondas para pasar por delante de casa del gobernador, y finalmente por la plaza de La Seo marcharon á entrar en la catedral del mismo nombre, por la puerta de la calle de la Pabostíria.

Abierta por razon de principiar los maitines á las doce en punto, penetraron en el templo Mateo Ram, Sperandeu, Durango y Tristan. Quedó Abadía en la puerta, al frente de los tres mencionados enmascarados, para proteger la huida de aquellos.

Observando Abadía que tardaban mucho á salir, entró tambien y vió al inquisidor aragonés, con hábitos de canónigo, que estaba arrodillado y en fervorosa oracion, junto á la columna en que se halla empetrado el púlpito donde acostumbraba á predicar, y un poco más atrás á los asesinos.

El coro salmodiaba el invitatorio.

Aproximóse Abadía á Vidal Durango, y en voz baja y enérgica le dijo: «¡dale, traidor! ese es». Así lo hizo de revés con la espada, infiriéndole una herida que le abarcaba desde la cerviz á la barba, con

fractura de una barilla y corte de una vena del cuello.

Vacilante el prebendado por tan rudo golpe, alzóse en pié; más precipitándose sobre él Sperandeu, tiróle éste una estocada que le atravesó el brazo, y vino á desplomarse en el pavimento.

Los asesinos huyeron.

Ante el movimiento y estruendo salió la clerecía del coro á la nave y encontraron al maestro Epila bañado en su propia sangre.

Trasladado á su habitacion, dos afamados cirujanos declararon en la primera visita que las lesiones eran mortales de necesidad.

Así fué. Entre una y dos de la madrugada del dia 17 dejó de existir.

Perpetrado el crimen, Micer Luis Sanchez de Santangel, Micer Montesa, Pedro Sanchez y Gaspar Santa Cruz y otros, aunque en secreto, se abandonaron á extremos de júbilo. Confiaban en la impunidad que esperaban de las promesas que les hicieran algunos elevadísimos cortesanos.

Instruido y ultimado el proceso por el

inquisidor Fray Pedro de Monte Rubio, prior del convento de dominicos de Dueñas, que sucedió al canónigo Arbués en aquel cargo; además de otros conversos á quienes se castigó en secreto, fueron sentenciados Pedro Sanchez y Pedro de Almazan, fugitivos, abuelo este último del prior de La Seo, mossen Juan Miguel de Artal, á ser quemados en estatua; Micer Montesa, García de Moros y Alonso Sanchez, á sufrir en persona el mismo suplicio que los anteriores; mossen Luis Sanchez de Santangel á ser decapitado y su cadáver á la hoguera; Sancho Paternoy, maestro racional de Aragon, y don Alonso de Alagon, señor de Pina, por la eficacísima proteccion del tesorero del Rey, se libraron del hornillo, pero sufrieron penitencia, y micer Francisco de Santa Fé se impuso la pena por sí mismo, suicidándose en el castillo de la Aljafería, en que se hallaba preso.

A los autores materiales del crimen, por sentencia firme se les impuso estas penas: escuartizamiento y hoguera para Sperandeu, Ram y Durango, siendo que-

mado en efigie Tristan, que pudo escapar del territorio aragonés.

Juan Abadía se suicidó por asfixia en aquel castillo, valiéndose de una lámpara de cristal que trató de engullir.

Esta es la síntesis de la relacion, en la que se exponen además algunos sucesos calificados de preternaturales, que acompañaron y siguieron al sacrificio del ilustre canónigo.

Y prosiguiendo nuestra tarea continuaremos la descripcion del libro.

En la hoja correspondiente al folio 133 aparece este título: «La conjuracion contra el mre. Epila. Die martii 29 januarij 1488 de nocte hora quasi nona».

Y continúan las declaraciones de Sancho Paternoy, que comprenden hasta el folio 156 vuelto.

Adelantando en el plan que nos hemos trazado y por referirse á documentos que, en nuestro concepto, aparecen al público por primera vez, trataremos de superar en cuanto podamos las dificultades de la redaccion laberíntica de las declaraciones de referencia, y las transcribiremos en ex-

tracto tambien, procurando en cuanto nos sea posible conservar el estilo y aun las mismas palabras.

Son al tenor que sigue:

«Eoden, por mandado de los reverendos Sres. Alfonso Sanchez de Alarcon, inquisidor, y maestro Martin García, vicario general de la herética pravedad. Sancho Paternoy, denunciado, fué puesto en el tormento de la cuerda dentro de la estancia más baja de la torre mayor de la Aljafería, y descendido del tormento, sentado y atadas las manos atras con la cuerda de aquel, dijo y confesó ante aquellos señores lo que sigue»:

«Et primo, que un mes antes, en Agosto, de la muerte del maestro Epila, una noche, Juan Pedro Sanchez envió un criado, que no sabe quién es, á llamar al dicente, y manifestóle que acudiera á casa de su amo. Que halló á éste, á Gaspar de Santa Cruz, mosen Luis de Santangel y Mateo Ram reunidos en un despacho pequeño en lo más interior de la casa; que Juan Pedro Sanchez le dijo lo habia enviado á buscar porque tenia con-

certado matar al maestro Epila, lo que ejecutarían Ram, Sperandeu y Abadía, debiéndoles entregar mil florines; que Ram juró ante los presentes que caso de no cumplir lo prometido, devolvería la suma, añadiendo por último que no se preocupasen del asunto, pues para este se entendería con micer Montesa».

«Item confesó, que Juan Sanchez le dijo que mosen Luis de Santangel pagaba una parte de los mil florines y que no recuerda si este se turbó al oírlo».

«Item confesó, que Juan Pedro Sanchez le dijo como tenían deliberado matar al maestro Epila, porque habían dicho que recibía testigos contra el Sanchez y lo procesaba».

«Item confesó, que despues de la última conversacion con el Sanchez, sin que se acuerde de los dias en que pasó, una noche lo llevó el mismo con Mateo Ram á casa de Sperandeu, á quien animaron para que matase pronto al inquisidor, pues ya estaban en poder de Ram los dineros, contestando Sperandeu que él y Abadía darían buena cuenta del asunto.»

«Item declaró, que por algunas conversaciones con Domingo Lanaja supo que trabajaba mucho para recoger dinero de los comunes y obtener firma acerca de la confiscacion.

«Interrogado por qué no declaró todas estas cosas en tiempo del edicto de gracia contra los fautores de la muerte, respondió que no lo hizo porque no los habian puesto en el tormento y por librar la vida».

«Item confesó, que cuando Juan Sanchez le dijo que habian concertado matar al maestro de Epila, le dijo tambien que en el asunto andaba el tesorero—de don Fernando el Católico—que nada les sucedería, y que tenían parte en él mo- sen Guillen Sanchez, micer Luis Santangel, micer Montesa y Gaspar de Santa Cruz».

»Item confensó, que Juan Sanchez le dijo que el tesorero su hermano Gabriel Sanchez, le escribia cartas en cifra que aclararía al dicente, y que en ellas le decía que siguiera adelante en lo de matar al maestro Epila, y que por entonces no

recordaba otra cosa más por lo vejado que le dejara el tormento, suplicando dos ó tres veces que lo quitasen de este, y que al otro día declararía cumplidamente toda la verdad».

«A lo que respondieron el inquisidor y vicario general que mirase bien lo que decía, si lo que había declarado era toda la verdad, pues de otro modo quedaría abierto el tormento».

«Respondióles Paternoy que todo era verdad y que quería y consentía que si al día siguiente no la decía toda ampliamente, quedase abierto el tormento hasta que quisiesen y á seguida fué quitado de él».

Testigos fueron á todas las cosas supradichas Jaime de Montlus, nuncio de la inquisicion, y Gil del Campillo, familiar del reverendo maestro Alarcon, inquisidor.

Y terminando á las doce de la noche, y despues de quedar libre del tormento, lo sacaron de la estancia y subieron á otra más alta en la misma torre, y vestido como estaba, con calzas, jubon y calcero, se acostó en una cama.

«Y aquí, despues de exigirle el inquisidor juramento de decir toda la verdad que supiera, como lo hizo por Dios sobre la cruz y los cuatro santos evangelios, le interrogó si lo que habia dicho y confesado era verdad, y dijo que esta era la verdad y leído lo declarado dijo que era la verdad, y que al otro dia la confesaría toda ampliamente».

Hasta aquí la primera declaracion.

A mitad del folio 139 comienza la segunda, á cuyo frente se lee: «Die tertio februarii 1488», y á continuacion se encuentran unas líneas en latin que traducimos literalmente.

«En el mismo dia—dicen—los reverendísimos Sres. D. Alfonso de Alarcon, inquisidor, y maestro Martin García, vicario general de la herética pravedad, procedieron á la interrogacion de Sancho Paternoy, quien juró por Dios y sobre la cruz decir la verdad».

«Y primeramente amonestado y requerido el dicho Sancho Paternoy por los señores inquisidores y vicario general que dijese ampliamente toda la verdad

acerca de la muerte del inquisidor, respondió y dijo, que él nunca oyó ni se halló en parte alguna donde se hablase de matar ni dañar al maestro Epila, inquisidor, ni á micer Martin de Larraga, ni á oficial alguno del Santo Oficio, ni sabe tampoco quién ha hecho ni aconsejado la muerte del inquisidor, ni cosa alguna de ella; sino que hablando con Juan Pedro Sanchez tres meses antes de la muerte de lo que sucedía con la inquisicion de Anquías, dijo con ira Juan Pedro Sanchez «yo lo habré de saber».

«Interrogado si viviendo el maestro Epila se profirieron contra éste palabras de amenaza, dijo que estando el confesante en La Seo de la presente ciudad paseando con Gaspar de Santa Cruz, y apartado de ellos Juan de la Caballería, cruzó por delante el inquisidor que salía de la claustra á la iglesia mayor, y al tiempo de tomar agua bendita dijo el declarante «¡qué hipócrita este!» ó parecidas palabras, sin que recuerde lo que dijo el Gaspar».

«Preguntado por qué y con qué fin ha-

bía dicho aquellas palabras contra el maestro Epila, contestó que porque le decian que trataba mal á los amigos del declarante».

«Interrogado qué amigos tenía, contestó que los Sanchez y algunos de los comunes, como son Gaspar de Santa Cruz y otros».

«Preguntado si antes ó despues de la muerte del inquisidor habló á un tal Abadía respondió, que aun no habia sucedido aquella, cuando marchando el confesante con su escudero al hospital de Gracia, vió al Abadía que estaba paseando cerca del hospital, y conversó con él acerca de la compra de un rocin rucio que tenía Abadía y le pidió precio».

«Item declaró, que despues de la muerte del inquisidor, estando el confesante con Domingo Lanaja en la sala alta de la diputacion, vió á Juan Abadía que se hallaba tambien en la sala, y dijo á Lanaja que digese á Abadía que públicamente se aseguraba que este habia dicho que Mateo Ram le prometió ciertos dineros; que Lanaja habló con Abadía

y volvió con el dicente para manifestarle que Abadía le aseguró no ser verdad lo que se contaba haber dicho á Mateo Ram.»

«Interrogado si tenía *malenconia* ó encono contra algun oficial de la inquisicion para dañarle en la persona, dijo era verdad había tenido encono contra Anquías á causa de haber preguntado á un judío sastre si el declarante tenia lugar ó sitio en la sinagoga; que por este tenía *malenconia* contra Anquías, á quien dijo que rogase á Dios duraran más las enquestas que no él, que si estas pasaban y lo calumniaban, no daría el confesante parte al rey para que lo castigase, sino que se tomaría el castigo y haría que le hiciesen algun daño, á saber es, que le dieran de dia una cuchillada ó le cortasen las narices».

«Interrogado si cuatro ó cinco, ó diez dias antes de la muerte del inquisidor fué á casa de Juan Sperandeu y habló con este en ella ó en otra parte, contestó que en dicho tiempo ni acudió á dicha casa, ni conversó con el mencionado».

«Interrogado que si sabia que el tesorero Gabriel Sanchez y Juan Sanchez se escribian por cifras, respondió que era verdad, y que así se lo dijo el Juan Sanchez, y que tambien supo lo mismo porque preguntando á éste si tenía letras de la córte, le contestó que sí, añadiendo que no tenía sacadas las cifras».

«Interrogado que si antes de la muerte del maestro Epila se encontró el confesante con Abadía en el Coso junto á la puerta de los Callizos, que han cerrado los judíos, y si preguntó al Abadía ¿por qué no quereis hacer lo que os ha rogado Juan Sanchez? que buena parte os iba»; respondió el declarante que pudo suceder que hablara con el mencionado en el Coso de los Callizos, pero que no era cierto digera lo que se le atribuye».

«Interrogado si recordaba otras cosas de este negocio, respondió que no; pero que si se acuerda de más ó de algo nuevo lo dirá».

Fueron testigos de lo predicho Tristan de la Puerta y Pedro Canales, escudero.

«Item, el dicho Sancho de Paternoy,

por descargo de su conciencia, pensando en lo que los señores inquisidores le interrogaron acerca de si se habia hallado en alguna parte donde se hablase de daño de la inquisicion, ó de inquisidor ó de oficial alguno de ella, dijo que ha recordado de que hará cerca de tres años, y esto sucedió en el mes de Abril ó Mayo, antes de la muerte de micer Pertusa; hallándose enfermo en casa del dicente su yerno, Juan de Francia, un dia, y esto era por la tarde, vinieron á aquella Juan Sanchez y micer Luis de Castillon, sin que se acuerde si habia otros, y encontrándose en la estancia del enfermo, le parece oyó que el Sanchez habló de la encuesta en términos fuertes y de hacer daño á alguna persona; que no puede recordar cuáles fueron estos, pero sí que el dicho Castillon se los reprochó mucho, y esto lo dice el confesante por cumplir con el juramento.»

En el folio 147, cerca del fin, se traslada otra declaracion con este encabezamiento:

«Die octavo februarii 1488.»

Y continúa.

«Eodem die, en una estancia de las mas bajas de la torre de la Aljafería, fué puesto á cuestion de tormento de la cuerda con la piedra á los piés Sancho Paternoy, y atormentado fué descendiendo en una silla y dijo y confesó lo siguiente.»

«El primo, que un dia y era de noche, quince dias ó un mes, poco mas ó menos, despues de la muerte de micer Pertusa; se encontró el confesante en casa de Juan Pedro Sanchez, y en uno de los estudios estaban, además de éste, mossen Luis de Santangel, Mateo Ram, y le parece que se halló tambien Gaspar de Santa Cruz; y dijo Juan Pedro Sanchez que ya veian cómo el maestro Epila, inquisidor, los trataba mal con la parcialidad de enemigos, y que si no se hacia alguna cosa para matar á dicho maestro, que todo estaba perdido; que todos los presentes, así como el atormentado, deliberaron el medio de realizar la muerte, y encargaron á Ram que buscasse unos para la ejecucion, prometiéndole que le darian mil florines para él y los otros; que habiendo aceptado el cargo

Ram, añadió este, que tanto él como Abadía y Sperandeu darian buen recaudo: que allí supo el declarante que Juan Sanchez ya tenia concertado el hecho desde antes de la muerte de Micer Pertusa; que fué llamado para dar conclusion al negocio, porque deseaban que el (Paternoy) hiciese cara; que despues habiendo ido otro dia el confesante á casa de Juan Sanchez, le dijo éste como Ram, Abadía y Sperandeu habian aguardado al inquisidor á la hora de los maitines, pero que no habian dado con él.»

«Tambien confesó, que pocos dias despues de ejecutada la muerte, conversando sobre ella con Juan Sanchez, le habló éste de la misma con gran placer, y que para disfrazar todas estas cosas iban mucho por la calle. Que despues de sucedido lo dicho, se halló el confesante en casa de Juan Sanchez con micer Luis de Castillon, mossen Guillen Sanchez y Gonzalo Paternoy, su hijo; que para disimular, tanto el dicente como Sanchez, dijeron que no sabian nada de la muerte del inquisidor; que entonces hacía dos dias

que habian hecho preso á micer Montesa, y que Juan Sanchez deliberó irse aquella noche al rey, como lo hizo, temiendo que por indicias no hicieran con él lo mismo; que el declarante se quedó en Zaragoza para disimular y porque no tenia una excusa como Sanchez para irse.»

«Item confesó el dicho Sancho Paternoy que luego que fué preso por la inquisicion Leonat de Li, se congregaron en Santa Engracia él y los que tiene nombrados en otra confesion, y que hablaron y concertaron lo que tiene dicho anteriormente y que no se acuerda de otra cosa.»

«Item mas dijo y confesó, que dos ó tres noches despues de que se hizo la deliberacion en casa de Juan Sanchez de matar al maestro Epila; teniendo deseos de que se realizase cuanto mas pronto, el confesante y Mateo Ram salieron de casa del Sanchez, y esto era de noche, porque Ram quería observar de cerca á Sperandeu; que se fueron los dos y que el confesante iba embozado para que no lo conocieran; que se quedó en el Trenque

del Tesorero, á ratos paseando y sentado otros, y Ram fué y entró en casa de Sperandeu y le habló; que despues que hubo vuelto Ram á donde lo habia dejado, se fueron los dos á casa del Sanchez, y que le dijo Ram como habia hablado con Sperandeu, y que le habia dicho que habian esperado al inquisidor y que no lo habian podido haber.»

«Item dijo, que la noche que se ejecutó el caso del Maestro Epila, cuando tocaban á rebato las campanas, se armó y envió un paje al gobernador por si queria algo ó que acompañasen al oficial real; que á poco envió el Arzobispo llamar al declarante y fué con algunos vecinos á casa del prelado; que llevó á mal el confesante no ver aquella noche á ninguno de los amigos que se hallaron en el concierto que se hizo en casa de Juan Sanchez, etc.»

A continuacion se halla la diligencia de ratificacion, cuyo encabezamiento, escrito en latin, lo suprimimos, por no suministrar ninguna noticia nueva.

Despues sigue en castellano lo siguen-

te, que trascribimos tambien en extracto:

«Leida la declaracion y que si pasó así en verdad como lo habia dicho, respondió Sancho Paternoy que no ha tenido parte ni en dicho ni en hecho, ni ha entendido en la muerte del inquisidor, ni sabe quién la haya hecho, ni quién la hizo hacer, y que no sabia cosa en verdad de lo que habia dicho de la dicha muerte, salvo las palabras que dijo Juan Sanchez y tambien lo que confesó de Santa Engracia, y que la noche de la muerte fué á casa del Arzobispo; que en lo tocante á lo de la muerte no sabe ninguna cosa verdadera, sino que las dijo con el dolor del tormento.»

Testigos: Miguel Domingo y Antonio La Miel.

Terminan con esto las declaraciones, y el folio 157 lo encabeza con este epígrafe:

«La expulsion de los judíos de España». Seguidamente, y desde este folio al 162 vuelto, se habla de este acontecimiento histórico que, de conformidad á nuestros propósitos, extractaremos tambien.

«El 1.º de Mayo de 1492, escribe, se publicó el edicto de D. Fernando relativo á la expulsion de los judíos de España y sus islas. Se les dió de tiempo los meses de Junio y Julio inmediatos para que las abandonaran.

Segun se dijo, indujo á que se adoptase la disposicion real este hecho.

D. Juan, hijo único del mismo monarca, tenía un médico israelita. Este llevaba pendiente del cuello un pomo grande de oro.

Cediendo á un capricho, el infante deseó poseer aquel, y el profesor facultativo, que comenzara por resistirse á regalárselo, terminó por efectuarlo en este sentido. Ya en poder del hijo del rey el pomo en cuestion, quiso ver lo que contenía, como lo hizo, comenzando á partir de esta época á languidecer y enfermar, hasta que por último falleció.

Encerraba el recipiente un pergamino con varias figuras.

Preocupado D. Fernando con la dolencia de su hijo, y antes que dejase de existir, puso en juego cerca de este los

medios que le sugirió su acendrado cariño paternal, consiguiendo le relatase lo referido, añadiendo al mismo infante que castigara con dureza inexorable al médico.

Hízose así, y á la misma hora en que fué éste quemado, se procedió á la firma del decreto de expulsion de los dominios españoles de todos los judíos que no abjurasen sus creencias y se convirtieran á Cristo.

El maestro Siliceo, añade el escrito, Arzobispo de Toledo, tuvo padres de limpio linage, aunque pobres.

Los judíos, cediendo á sus inclinaciones, buscaron y encontraron protectores entre las autoridades civiles y entre los canónigos de la primada de España.

Inició aquel metropolitano el período de persecucion contra los descendientes de Moisés, y estos, en desquite, lo calumniaron por medio de pasquines y rumores graves que circularon entre todas las clases, hasta el punto de obligarle á que se vindicara.

Las desconfianzas y animadversiones

que estos sucesos originaron, produjeron en consecuencia, que el sabio Siliceo marcara más y más su accion fiscalizadora y coercitiva acerca de las costumbres y tendencias del judaismo español. Encontró en sus pesquisas muchos datos y las copias de dos cartas: una de los españoles talmudistas demandando consejo á sus compañeros de dogma, residentes en Constantinopla, en vista de la implacable persecucion de D. Fernando, y la contestacion de estos.

En esta, despues de acusar recibo y de indicar que se habian fijado en el punto consultado, les aconsejaban que se volvieran cristianos y que al objeto de hacer efectiva la revancha convenia que ellos y sus hijos siguieran la profesion de comerciantes, para apoderarse de la hacienda de sus perseguidores; médicos y boticarios, á fin de que dispusieran de sus vidas; sacerdotes para destruirles sus templos y religion, y finalmente que adoptaran aquellos oficios, industrias y carreras, con que se pudieran vengar; terminando por asegurar á los consultan-

tes que de abatidos que se veían, bien pronto observarían que eran tenidos en mucho y apreciados.

Sirvieron en parte estos dos documentos para que el primado Siliceo recabase del Pontífice Paulo III, el que ningún converso pudiera obtener beneficio alguno en la iglesia toletana. Resistióse este Papa al principio á otorgar esa concesion, fundado en que los confesos de aquella archidiócesis poseían, casi en su totalidad, las dignidades, prebendas y otras piezas eclesiásticas principales, hasta que por último accedió á lo suplicado.»

Y con esta noticia termina la relacion historial del asunto.

En el promedio del folio 162, vuelto, se encuentra otro título que literalmente dice:

«Memoria de los que han sido quemados hasta el año de 1574 en la inquisicion de los habitantes desta ciudad de Zaragoza.»

Triste y fúnebre lista, que abarca hasta el folio 192, se elevan tambien al número de 192 los que fueron relajados en

estátua ó perecieron víctimas del fuego encendido y avivado por el Tribunal de la Fé, habiendo observado nosotros con tristeza que entre ellos figuran algunos frailes, un vicario general eclesiástico, un canónigo, algun beneficiado, dos alfaquíes moriscos, abogados, notarios, procuradores, caballeros, médicos, comerciantes, farmacéuticos, carniceros y de otras industrias, algunas damas y mujeres del pueblo, incluyendo en ellos algunos miembros de uno y otro sexo pertenecientes á las familias de los iniciadores, cómplices, fautores y asesinos del canónigo Arbués, calificados todos segun los cultos religiosos que siguieron ó artes diabólicas que profesaron en concepto de la inquisicion.

A mitad del folio 190 aparece este encabezamiento: «Sumario de los confesos condenados á fuego—en Zaragoza—desde el año 1482 hasta el año 1499.»

Continúan los años por el orden que trascribimos, nombres, apellidos, profesiones y á veces el estado civil de los que se expresan en la relacion que ter-

mina en el folio 193 vuelto, consignándose al margen el día en que se ejecutó la sentencia, bien en persona ó en estatua.

Suprimimos los nombres y apellidos, concretándonos á formar el siguiente resumen: año 1486, día 18 de Marzo, fueron quemados tres; 29 de Noviembre, dos; 26 de Junio, cuatro; 28 de Julio, seis; 21 de Octubre, cinco: año 1487, sin expresar el día, ocho; 18 de Agosto, cuatro, y el 20 del mismo mes, tres: año 1488, en 20 de Marzo, tres; 16 de Setiembre, tres: año 1491, día 22 de Abril, uno; 8 de Julio, tres; 28 de Setiembre, cuatro: año 1495, día 9 de Enero, dos; 30 de Junio, dos; 4 de Octubre, uno: año 1497, 20 de Junio, siete: año 1499, día 22 de Febrero, nueve, y uno el día 15 de Marzo del año 1502.

En el folio 194 se lee otro epígrafe. Dice: «Los conversos penitenciados desde el año 1486 hasta el año 1504 en Çaragoça», y continúa otra relacion que termina en el folio 199 vuelto.

Este es tambien el resumen: año 1486,
VVA. BHSC. LEG 24-3 n°1861

dia 5 de Marzo, fué penitenciado uno; año 1487, dia 29 de Febrero, seis; en 10 de Febrero de 1488, tres; 2 de Marzo, uno; 4 de Mayo, tres; 7 de Setiembre, uno; año 1489, dia 20 de Enero, seis: año 1490, sin fijar dia ni mes, cinco: año 1491, tampoco se indica mes ni dia, veintiuno: año 1492, dia 9 de Setiembre, uno; 16 del mismo mes, catorce, y en 11 de Noviembre, cinco: año 1493, dia 10 de Junio, seis: año 1495, dia 2 de Julio, tres: año 1496, dia 17 de Enero, tres; 9 de Agosto, diez: año 1500, dia 13 de Enero, uno: dia 11 de Julio del 1501 sufrieron el último suplicio, cuatro; siete el 15 de Marzo de 1502, uno en 5 de Junio de 1503, dos y uno respectivamente en 5 de Febrero y 30 de Julio del mismo año, y por último recibió la muerte en la hoguera uno el año 1504.

El folio 200 contiene unos períodos que concluyen en el mismo á la vuelta, los que copiamos como se hallan escritos.

Hélos aquí:

«En el tomo 4 de Decretos R^s. y consultas originales, al folio 330 hay un de-

creto original del Rey Dⁿ. Ph^e. 4.^o en que da gracias al Ilmo. Sr. D. Andrés Pacheco, obpo de Cuenca, Inq^{or}. Gr^{al}. por haber recogido el libro verde de Aragon que parece ser el presente: el R^l Decreto dice assi:

«Por el Consejo de Aragon se me ha representado la diligencia y cuidado que habeis hecho poner en recoger el libro que llaman Verde en aquel Reino. Agradezcoos lo que habeis dispuesto en esto, y por ser cosa de la calidad que es y convenir que no quede ni aun rastro del dicho libro, os encargo que hagais continuar las diligencias tan apretadamente como conviene y lo espero de v^{ro} zelo. Señalado de su Mag^d en Madrid á 17 de Nov^{re}. de 1623.—Al Inq.^{or} Gr^{al}.»

Con esto termina la descripcion del volúmen y nuestras tareas.

De buen grado hubiéramos ampliado estas al objeto de examinar la veracidad ó inexactitud del contenido en *El Libro Verde*, valiéndonos de datos y estudios, obra de no poco tiempo y de múltiples vigili-
as.

No terminaremos sin advertir que al exhumar y hacer la descripción de *El Libro Verde*, solo nos propusimos dar noticias bibliográficas, poco conocidas, estando muy lejos de nuestro ánimo ciertos intentos que caracteres suspicaces nos pudieran atribuir; que no hemos emitido conceptos propios acerca de los hechos que se refieren en él, y que varios de sus fragmentos que hemos trasladado á este trabajo, se hallan copiados literalmente y por ende con la misma ortografía con que aparecen escritos en aquel.

Tambien repetiremos que los señores Penen y Gil Berges, al solicitar y conseguir la copia, no obedecieron á más móviles que obrara esta en la biblioteca de la corporacion, como recuerdo bibliográfico y por los motivos literarios que anteriormente expusimos.



УВА. ВНС. ЛЕГ 24-3 №1861

УВА. БНС. ЛЕГ 24-3 н°1861